



J. M. Roa Beircena

(A LOS 30 AÑOS)

LIBRO PRIMERO

—
LEYENDAS

LIBRO PRIMERO

LEYES

ITHAMAR



ITHAMAR

—

I,

—Déjame acariciar de tu cabello
Las trenzas blondas y aspirar el ámbar
De tu boca gentil. ¿Qué magia tienen
Tus ojos que las almas encandena?
A mi atónita vista las mujeres
Que Babilonia en sus jardines cría,
Pasaban; y mirando su belleza
Mi ardiente corazón se estremecía.
Pero te vi después, y desde entonces
Sólo por ti respiro, Epha adorada.
¿Pagas mi amor?

—Mis ojos te lo dicen:

Cifro en tu amor mi porvenir, mi gloria.
Pero ¿por qué se anubla tu semblante,
Ithamar?

—Porque al Rey ayer miraba

Que se encontró contigo: irreverente
En ti clavó la vista: yo vi cómo
Con desigual latido se agitaba
Su corazón y se encendió su frente:

Yo conocí, ¡infeliz! que el Rey te amaba.
—¿Ha puesto en mí su pensamiento altivo?
Esa idea me inunda de tristeza,
Que es rencoroso el Rey....¿Qué dió motivo
A su excelso homenaje?

—Tu belleza.

Sí, porque yo jamás hallado había
La gracia que en tu frente resplandece,
Ojos como los tuyos, ni ese fuego
Que tus facciones célicas anima,
Y eso que, bien lo sabes, siempre anduve
Fuera de mi país de clima en clima.
Es imposible verte y no adorarte.
¿Por qué te miró el Rey? ¡Ah! yo quisiera
El pecho atravesarle con mi espada.
—Yo entonces, Ithamar, te aborreciera.
—¿Le amas acaso?

—La violencia odio,

Y es la persona de mi Rey sagrada.

El sol se oculta ya tras los jardines
De la opulenta Babilonia: extiende
Su velo de crespón la húmeda noche;
Huye la claridad, cesa el bullicio:
Su perfume las flores orientales
Entregan a la brisa: busca el Ibis
El conocido árbol en que duerme,
Y al pálido fulgor de las estrellas,
Cielo y muralla y almenada torre
El Eufrates refleja que al pie corre.

Al lado de Ithamar Epha sentada,
Goza de aquel dulcísimo contento
Que da el amor cuando el objeto caro
Se halla al metal de nuestra voz atento.
No es más bella la flor de los jardines
Que el dulce rostro de la asiria joven,
Ni tan blanca la tímida paloma
Cual su pequeña planta, aprisionada
Con hilos de oro en la sandalia breve:
Su cuello es más altivo que el del cisne,
Perlas sus dientes son, sus manos nieve;
Y al tiempo mismo que con ellas toma
La diestra de Ithamar «¡Hermana mía!»
Exclama un joven que aparece y clava
En Ithamar su vista recelosa,
Mientras Epha turbada se desvía,
A la voz fraternal prestando oído:
«Mañana Baltasar regio banquete
A los grandes del reino, a las hermosas
Pródigo da. Con tus mejores galas
Ataviada, el Rey verte allí espera.
Dice que entre las damas de su corte
Deslumbras como el Héspero luciente
Junto a los astros de menor valía.
Quiero, hermana, que vayas obediente
A su palacio al declinar el día.»

—Epha, ¡ya tú lo ves! el Rey procura
Usurparme tu amor y tu belleza,
Y yo, infeliz —dijo Ithamar, fijando

En su amada los ojos con tristeza—
¿Te perderé cuando por ti olvidaba
Mi Dios, mi patria?...

—Cubrirá mi rostro
Ligero velo, y anchuroso manto
Bajo sus pliegues velará mis formas.
El Rey en esa noche, divertido
Entre sus concubinas y magnates,
Quizá no me verá.... ¿Tú allí a mi lado,
Estarás, Ithamar?

—Como guerrero,
Del Rey en el ejercito empleado,
Tengo entrada al festín. El Rey se guarde
De hacer, á mi despecho, en esa hora
De su poder en tu hermosura alarde!
(Siempre se me atraviesa en el camino
Un hijo vil de esta nación odiada,
Pensó Ithamar).

—¿La cítara no pulsas?
De esos pueblos que has visto en tus viajes
Ensayá un canto, que las penas calma
De tu voz varonil la melodía.

Toma el joven la cítara y eleva
Sus ojos a la bóveda estrellada:
Suenan la fresca brisa en la enramada,
Y el Eufrates que al mar sus aguas lleva.
Y apagando en seguida los rumores
De las cercanas aguas y del viento,

Y olvidando un instante sus amores,
Esto el joven cantó con grave acento:

«Llorando, á orillas del undoso río,
Presos en Babilonia nos sentamos,
Y nuestras harpas en el bosque umbrío
Al acordarnos de Salem, colgamos.

«Que los que en cautiverio nos trajeron
Tras el horror de asoladora guerra,
Templado ya su enojo, nos pidieron
Dulce canción de la nativa tierra.

«¿Cómo ensayar el canto que solía
A Dios loar en nuestros tiernos años,
Para que en tierra ajena su armonía
Deleitara tan sólo a los extraños?

«Pierda ¡oh Salem! mi diestra el movimiento
Si te olvidare de mi afecto en mengua:
Si de ti separado hallo contento
Seca se pegue al paladar mi lengua.

«Acuérdate, Señor, de los que el día
Cuyo memoria fenecer no puede,
En la ciudad que al hierro sucumbía
Viles gritaban: «Ni el cimiento quede.»

«¡Dichoso aquel a quien vengar nostoca,
Babilonia, de agravios por tí hechos!

¡El que, para estrellarlos en la roca,
Tus hijos quite á los maternos pechos!»

—Dime, ¿por qué ensayaste á mis oídos
Esa canción? ¡Insultas a mi patria,
La cuna de mis padres! ¡Extranjero!
Nuestra hospitalidad mal recompensas.
¿Dónde oíste ese canto?

—Lo compuso
Pueblo infelice que se vió cautivo
Dentro de aquestos muros. Considera
Que el vencedor con despiadada furia
Destruyó sus hogares, arrasando
La sólida muralla: el campo fértil
Víctima fué de su rapiña, y luego
Trajo aquí maniatadas sus mujeres,
Sus ancianos y niños. Al mirarse
Esclavos entre idólatras, lloraron
Cuando del patrio suelo se acordaron.
¿Qué extrañas tú que en sus lamentos ellos
Votos formaran de una atroz venganza?
Un pueblo altivo que se ve ultrajado
Siente alivio soñándose vengado.
Terrible hueste á Babilonia cerca:
Sus moradores hoy duermen tranquilos.
No saben que la hora de quebranto,
De esclavitud y muerte se avecina,
Que escrita está de su ciudad la ruina.
Por merecer tu amor he combatido
Contra el persa y el medo. ¡Empeño inútil!

Terrible es su pujanza y vencedores
Ellos, al fin, serán.... y yo, infelice,
Preso en las redes de tu amor, mi patria
Abandoné traidor, y acaso tiemblo
Por el destino que a la tuya espera
Cuando gozarme impávido debiera
Sólo en su destrucción!

—Calla, insensato.

¿Por qué mi corazón te dí sencilla
Sin conocerte? Un hórrido misterio
Tu proceder oculta. Dí: ¿traicionas
A mi país? No en vano de los dioses
Por la noche el acento oigo severo
Que me grita en el fondo de mi alma:
¿Por qué diste tu amor a un extranjero?
Díme, pues, Ithamar ¿cuál es tu origen?
—Diciéndolo, tal vez me aborrecieras,
Y si tu amor perdiese, moriría.
—Mal comprendes mi amor tú si no sabes
Que aborrecerte yo jamás podría.
Mi delicia es amarte; mas ingrato,
Viertes amarga duda en este pecho
Que, al escucharte, de temor palpita.
Díme tu origen, o me alejo.

—¡Aguarda!

—¿Eres?....

—Te lo diré: soy israelita.

II.

En el campo enemigo por doquiera
 Discurren grupos de diversa gente
 De altivo gesto y de mirada fiera,
 Quemado el rostro por el sol de Oriente.
 En las distintas armas reverbera
 La última luz que brilla en Occidente,
 Cuando su sueño plácido sacude
 Y a formar sus legiones Ciro acude.

Ciro, de frente noble y espaciosa
 En que de inspiración luce la llama,
 De los placeres de una vida ociosa
 Huye, y la guerra y sus peligros ama.
 Cíñese ya corona gloriosa;
 El orbe todo vencedor le aclama;
 Falta una joya a su corona empero,
 Y Babilonia la dará al guerrero.

En la muralla la maciza puerta,
 Ciudad maldita, cerrarás en vano
 Si el enemigo a desaguar acierta
 El lecho del Eufrates soberano:
 Caminando por él, entrada abierta
 Tiene y en tanto, en el festín liviano

Encenagada en lúbricos placeres,
 Beoda tú, sin conocerlo, mueres.—

De su joven caudillo al ronco acento
 Únense en el instante los soldados,
 Y su número cubre el campamento
 En orden de batalla colocados.
 Los ginetes de Persia, como el viento
 Rápidos, y los Medos esforzados
 Con sus flechas mortíferas, se agrupan:
 Inmenso trecho en la llanura ocupan.

Díjoles Ciro: «Tras inútil muro
 Hallaréis al indómito Caldeo:
 Hiera su corazón golpe seguro
 Y su riqueza os sirva de trofeo.
 Esas mujeres de cabello oscuro
 Que hacen morir el resplandor febeo
 Ante el fulgor de sus miradas vivas,
 Esas mujeres son vuestras cautivas.»

Clama el guerrero de asaltar ansioso,
 Y a sus legiones Ciro sin demora
 Lleva a lo largo del profundo foso,
 Al brillo de su espada vencedora.
 Llegan hasta la puerta y misterioso
 Rumor de voces óyese a deshora;
 Mas, vencido del sueño que le asalta,
 El centinela a su consigna falta.